

Así es la vida en los trópicos

*Coyote, donjuán, embustero:
mi abuelo y el mito del macho mexicano*

ANDRÉS AGUAYO MAZZUCATO

GS[•]

Prólogo	11
1. 1991 <i>Querétaro, agosto de 1991</i>	13
2. Tragedias <i>Degollado, enero de 1920</i>	21
3. San Andrés <i>Guadalajara, octubre de 2001</i>	29
4. Amor de madre <i>Degollado, enero de 1927</i>	41
5. Macabeos <i>San Pedro Tlaquepaque, septiembre de 2010</i>	47
6. El tesoro <i>Degollado, abril de 1927</i>	55
7. Verano sueco <i>Vittsjö, julio de 2014</i>	61
8. La cuerda <i>Degollado, marzo de 1929</i>	69
9. Archivos <i>Madrid, septiembre de 2014</i>	75
10. Educar a Jesús <i>Degollado, enero de 1935</i>	83
11. Convencer al tío Rafael <i>Madrid, octubre de 2014</i>	89
12. Seminario <i>Guadalajara, 1937-1941</i>	95
13. El reloj <i>Jalisco, abril de 2015</i>	103
14. Montezuma <i>Las Vegas, 1941-1943</i>	115
15. El “retiro” <i>Guadalajara, abril de 2015</i>	125
16. El regreso <i>Guadalajara, 1943</i>	133
17. Juana <i>Madrid, agosto de 2015</i>	141
18. Chilangos <i>Ciudad de México, 1944-1945</i>	147
19. Escarcha <i>Madrid, enero de 2016</i>	155
20. Esto <i>Ciudad de México, 1946</i>	163
21. Mi casita de paja <i>Madrid, marzo de 2016</i>	171
22. El mojado <i>Milwaukee, 1947-1950</i>	181
23. C’est si bon <i>Madrid, abril de 2016</i>	189
24. La revista <i>Milwaukee, marzo de 1952</i>	197
25. FBI <i>Madrid, mayo de 2016</i>	203
26. Jugo de muertito <i>Ciudad de México, verano de 1953</i>	209
27. Prieta y trompuda <i>Madrid, junio de 2016</i>	217
28. Don Gustavo <i>Ciudad de México, otoño de 1953</i>	223
29. <i>Vesperal</i> <i>México, julio de 2016</i>	231
30. Bonanza <i>Ciudad de México, abril de 1954</i>	241
31. Transas <i>Les Landes, agosto de 2016</i>	247

32. La vida loca <i>Ciudad de México, septiembre de 1955</i>	257
33. <i>La paloma</i> <i>Madrid, septiembre de 2016</i>	265
34. Acorralado <i>Ciudad de México, septiembre de 1956</i>	273
35. La bella Lidia <i>México, marzo de 2017</i>	281
36. Estatuas de sal <i>Estocolmo, noviembre de 1956</i>	291
37. ¿Por qué se fue? <i>Madrid, junio de 2017</i>	299
38. ¿Y ora? <i>Ciudad de México, noviembre de 1956</i>	307
39. Revelaciones <i>México, diciembre de 2017</i>	315
40. <i>Chucho tour</i> <i>Suecia, agosto de 2018</i>	325
41. Epílogo <i>Madrid, junio de 2019</i>	333
Agradecimientos	341
Referencias	345

Durante mi juventud intentaba ligar contando una historia que había escuchado sobre mi abuelo. Se enamoró de mi abuela a través de la reja que separaba el convento del seminario en el que cada uno estaba recluido. Se fugaron a mitad de la noche, cabalgando hacia el amanecer. Lejos del claustro, mi abuelo decidió recuperar el tiempo perdido y, en tan sólo 13 años, se casó al menos tres veces y acumuló un número indeterminado de hijos. Su prole era diversa: había un luchador social —mi padre, Sergio Aguayo Quezada— y un luchador de verdad —Pedro *El Perro* Aguayo.

A pesar de que Jesús, mi abuelo, era mexicano, murió en Suecia tras chocar con una patrulla de policía. Tenía 36 años y viajaba con un misterioso gringo que también falleció. Los cuatro agentes de policía salieron ilesos. Había serias sospechas de que tanto el gringo como mi abuelo eran agentes de la CIA volviendo de una misión tras el telón de acero.

Su vida fue igualmente inusual: fue seminarista, maestro, periodista, traficante de personas, mafioso y uno de los primeros agentes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), la policía secreta mexicana. Al morir, dejó una fortuna de dos millones de dólares que se esfumó. Ninguno de sus hijos vio un centavo.

A veces me preguntaba qué tanto de esa leyenda de bar era real. Un buen día, hace más de 20 años, me puse a investigar. Casi todo lo que creía saber sobre mi abuelo era mentira.

Empecé haciendo una investigación periodística. Aunque casi no quedaban testigos directos de los hechos, con uno de sus hermanos, Rafael, mantuve una intensa relación durante más de un lustro. Hablé en promedio dos veces al mes durante ocho años, para deleite de mi esposa. Descifrarlo fue uno de los grandes retos de este trabajo. También realicé cerca de un centenar de entrevistas y consultas con amigos de mi abuelo que seguían vivos, con sus familiares, con la gente que trabajó con él, con algunos de sus hijos y sus nietos. Entrevisté y consulté a académicos para que me orientaran sobre el México de los años veinte y hasta los años cin-

cuenta. Al mismo tiempo, rastreeé archivos y registros civiles para intentar determinar (y encontrar) el número exacto de esposas e hijos.

A pesar del tiempo y el esfuerzo invertidos, hay muchas lagunas en la vida de Jesús. Al momento de escribir, yo no tenía claro cómo procesar toda esa información. Opté por un híbrido entre el ensayo y la novela. Los capítulos impares son un ensayo en el que relato mi proceso de investigación. Los pares, por su parte, deben leerse como una reconstrucción novelada en la que intento recrear el contexto y la vida de mi abuelo. Su biografía se cruza con momentos clave para entender la historia de México, como la Cristiada, las relaciones de la prensa con el poder en los años cuarenta y cincuenta, el Programa Bracero, la Guerra Fría y los inicios de los servicios de inteligencia mexicanos.

El historiador busca fuentes y objetos del pasado para interpretar lo que sucedió. No soy historiador, pero este libro es una interpretación —basada en las fuentes que recopilé— de los acontecimientos que se narran. He intentado ser objetivo, pero soy consciente de que es una interpretación interesada; aunque hasta antes del año 2000, cuando tenía 21 años, prácticamente nunca tuve contacto con esa rama de los Aguayo, es un libro sobre mi familia. Es, por definirlo de alguna manera, el mito que construí de mi abuelo.

MADRID, JULIO DE 2026

Querétaro, agosto de 1991

En mi casa no se habló de mi abuelo antes de que yo cumpliera 13 años. Y el tema salió por casualidad. Hasta entonces, cada vez que yo preguntaba mi padre cambiaba el tema sutilmente casi sin que me diera cuenta. Al llegar a la adolescencia, lo poco que sabía es que se llamaba Jesús, que había muerto cuando mi padre era niño y que éste no lo recordaba. En cambio, lo que en casa no era tema tabú era la política. Sergio, mi padre, es activista de derechos humanos, profesor y periodista. Desde niño me llevó a manifestaciones políticas, donde podía desgañitarme mentando madres y gritando consignas contra el PRI, el partido en el gobierno.

A los 13 años, como todo buen adolescente, yo era insoportable. A esa edad todos somos pendejos pero creemos saber mucho de algo —el efecto Dunning-Kruger—. En mi caso, mi presunta área de especialización era la política. Llevaba un afro, cuatro aretes, los brazos repletos de pulseras y una extensa colección de camisetas del Che Guevara. Mi padre, supongo que como parte de mi proceso de politización, decidió llevarme a San Luis Potosí para observar las elecciones de gobernador y documentar las irregularidades que se cometían.

Sergio es muy moreno, tiene una frente amplia que parecía anunciar una calvicie inminente que nunca terminó de llegar a su tupida mata de pelo —algo que, desafortunadamente, no me legó—. Tiene orejas de soplillo —eso sí me lo heredó— y nariz aguileña, y usa lentes que disimulan una mirada que, por tener los ojos ligeramente inclinados hacia abajo, parece triste. O ahuevado. Es sólo apariencia: es un tipo alegre, enérgico y con sentido del humor. Salvo cuando se trata de su padre o de la rama Aguayo de la familia.

Nos subimos al coche familiar, un *vochito* amarillo con más años que el PRI. Hay seis horas de viaje entre la Ciudad de México y San Luis Potosí, casi siete en nuestro bólido. Mucho rato para

hablar. Tras pasar el libramiento para salir de la capital, me dijo como si nada:

—De camino vamos a parar a comer en Querétaro con mi hermano. Es que nos queda a mitad del trayecto y se come muy bien. Es bien bonita, tiene un acuedu...

—Pero tú no tienes hermanos... —yo sólo conocía a sus dos medias hermanas, que vivían en Guadalajara. Por otra parte, hablar de las bondades arquitectónicas de Querétaro es la clásica táctica que usaba mi padre para alejarse del tema central. Pero esta vez no podía hacerlo: conoceríamos a su hermano en unas horas,

—Pues fíjate que sí.

—Ajá... ¿estaban peleados? ¿Por qué nunca hablaste de él?

—No sabía que existía. Se llama Jesús, como tu abuelo.

—¿Y cómo lo supiste ahora, en 1991?

—Pues resulta que tengo cinco medios hermanos que no conozco... todos hijos de mi padre.

Durante las tres horas de viaje habló más que nunca de sus orígenes, mientras yo lo miraba incrédulo y sólo atinaba a intercambiar monosílabos y onomatopeyas: “¿Qué? ¿Cómo? ¿Ajá? ¿Eh?” Descubrió a su nuevo hermano un día en que un gringo, Joe, le llamó a la casa preguntando si también era hijo de Jesús Aguayo Zaragoza, como él. Joe había nacido en Milwaukee y tenía tres hermanos del mismo padre y la misma madre: Panait (que había muerto), Margaret y Jim. Meses antes se había puesto a investigar su linaje y así localizó a Sergio y a otro medio hermano, Jesús Aguayo Barragán, que vivía en Querétaro y a quien conoceríamos dentro de unas horas.

Después de un parsimonioso esbozo de la tribu de los Aguayo, mi padre me confesó también que “medio” sabía de Joe y de los tres hermanos de Estados Unidos. Lo supo en los años sesenta cuando se fue a Milwaukee a reconstruir los pasos de su padre y descubrió que tenía otra familia. Buscó a los dos mayores, Panait y Margaret, que no tenían noticia de su existencia y lo mandaron a la chingada “por ilegítimo”. No se volvieron a hablar y nunca se lo mencionaron a sus dos hermanos menores. A Sergio le costó trabajo digerir la existencia de esta otra familia numerosa.

—Pero al menos me quedó la satisfacción de que yo era el primogénito y de que sí era legítimo... ¡Al día siguiente volví para en-

señarles mi acta de nacimiento! —y soltó una carcajada cuando llegábamos a Querétaro.

Me encantaría decir que tuve una epifanía en ese momento, pero no olvidemos que yo era *aborrecente*. Pero sí fue la primera vez que empecé a entender por qué nunca se hablaba de mi abuelo paterno.

El encuentro fue tenso y arrancó con un fingido “Hola, hermano”. Tenían mucho en común, pero a la vez nada. Como cuando te encuentras con el nuevo novio de tu ex pareja. Sin embargo, ya que habían quedado para comer, de algo tenían que hablar. Sergio se lo tomó como si estuviera invitado a un simposio, recitaba su *curriculum vitae* y sus logros académicos y vitales: licenciatura en El Colegio de México, doctorado en Johns Hopkins y casado con una güera española. Mi nuevo tío era la calca libanesa de mi padre. Se parecían mucho —y a la vez no: él era más moreno y tenía la cara más alargada—. No usaba lentes pero tenía la misma mirada con los ojos inclinados hacia abajo. Lo más llamativo es que caminaban igual: ligeramente encorvados y con los pies abiertos, como patos. Cuando hablaban gesticulaban de forma idéntica. Echando la vista atrás, supongo que ésa fue la primera vez que me pregunté qué otra carga genética compartiríamos los tres.

El lugar que eligió Jesús Jr. para el encuentro era un asador llamado La Cabaña, decorado con motivos *western* y música *country* que salía de una rocola. El ruido ayudaba a que los silencios fueran menos incómodos. Mi nuevo tío era un año mayor que Sergio —algo para lo que no sé si mi padre estaba preparado—. Habló de lo que los unía: el abuelo. Nos contó que éste viajaba mucho y apenas lo veía. Sus recuerdos se remontaban a una cantina donde él estaba sentado tomándose un Squirt, mientras su padre se emborrachaba con amigos. También eran imborrables las broncas con su madre cuando Jesús volvía a casa ebrio y la insultaba. Por último, él estaba convencido de que su padre se dedicaba a algo turbio; una vez abrió la cajuela de su Cadillac y estaba llena de armas.

Sergio habló poco de sus recuerdos de infancia, porque no tenía mucho que decir: sólo vio dos veces a Jesús. Escuchaba y más bien intentaba conducir la conversación para saber quién era su nuevo hermano y contarle que se había sobrepuesto a ese padre y había triunfado en la vida. A los dos se les notaba incómodos, yo estaba en

shock. ¡Esto era, de lejos, mucho más divertido que la política! A ratos dejaba de escuchar, buscando coincidencias en su lenguaje corporal. Me emocioné cuando vi que mi nuevo tío también arqueaba las cejas, levantaba las manos e inclinaba el cuerpo ligeramente hacia atrás cuando quería enfatizar un punto.

Tras la comida ambos se habían relajado un poco, habían renunciado a hablar de su padre y a descubrir a quién había querido más. Tenía pinta de que a ninguno de los dos. Luego otra vez se apoderó el silencio roto por *Don't Break my Heart*, que sonaba en la rocola. Fue la señal para irnos a San Luis Potosí.

En San Luis había mucho en juego. El doctor Salvador Nava, el primer presidente municipal de un partido distinto del PRI —que gobernaba en México desde 1929—, contendía por la gubernatura por segunda vez y ahora tenía muchas posibilidades de ganar. Durante los siguientes días, la efervescencia que se respiraba entre la sociedad civil potosina y la ira tras la derrota por un fraude clamoroso me distrajerón de la historia de mi abuelo. La situación era tensa y había rumores de que el gobierno se alistaba para reprimir —algo posible, a juzgar por la historia de México—. Eso hizo que me volviera el miedo.

En esa época, además de insoportable, yo era asustadizo, como todo adolescente de 13 años. Parte de mis inseguridades tenían una raíz tangible: a principios de ese año, mi padre había empezado a recibir amenazas de muerte por su activismo. Llamaban por teléfono a casa y decían que si no “le bajaba” se lo iban a “chingar”. Otras veces dejaban en el contestador la melodía de *El golpe* como advertencia de que lo vigilaban y de que le convenía moderarse. O mandaban cartas a periódicos diciendo que lo iban a matar.

Por ello, en el viaje de vuelta, la historia de mi abuelo volvió al cajón en el que había estado todos esos años y empezamos a hablar de mis temores.

—No te preocupes: si me quisieran matar de verdad, no avisarían —me dijo Sergio en un momento del viaje. No me tranquilizó. Miré por la ventanilla del Volkswagen y pensé en lo duro que sería quedarme huérfano, como le había ocurrido a mi padre y a sus medios hermanos.

A los pocos meses de conocer a Jesús Jr., él y Joe —el hermano de Estados Unidos— vinieron a nuestra casa a pasar un fin de se-



Encuentro de los hermanos Aguayo en Sacramento en 1993. De pie: Sergio; sentados: Joe, su hermana Margaret y Jesús Jr.

mana de máxima intensidad. Si Jesús Jr. era la copia morena de mi padre, Joe era más blanco de piel, aunque tenían los mismos ojos tristes y la misma frente generosa. También caminaba como pato y gesticulaba igual que sus dos hermanos. No hubo silencios incómodos: a Joe le molesta la ausencia de ruido. Es como una rocola de música *country*. Nunca para de hablar, de hacer bromas o de contar anécdotas peculiares. Se empeñaba en hablar en español, a pesar de su acento gringo y de que en esa época lo hablaba fatal. Nos contó, por ejemplo, que concibió a uno de sus hijos en la cima de la Pirámide del Sol en Teotihuacan. Se quedó después de que cerrara el sitio y sobornó a un guardia del INAH para que les “echara aguas”.

Ese fin de semana de 1991 fue, en esencia, una competencia entre niños cuarentones para ver quién había sido el hijo preferido de Jesús. Y era obvio que había sido Joe, o alguno de sus tres hermanos. Aunque con todas sus esposas estuvo casado (o eso pensaba yo), convivió con dos de ellas de manera intermitente, en temporadas cortas que rara vez superaban la semana. Mi abuela fue la excepción; se separaron al poco tiempo de forma poco amistosa, aunque eso no lo supe sino hasta después. Mi padre no era el favorito. A su primogénito le heredó el nombre; con Lidia, la madre de Joe, procreó cuatro hijos y a mi padre sólo le dejó el andar de pato.

Los recuerdos de mis nuevos tíos dibujaban al abuelo como a un tipo violento, armado y rodeado de guaruras. Joe y Jesús Jr. coincidían en que tenía coches impresionantes —cada vez que lo veían traía uno nuevo— y en que siempre les daba dinero y regalos. Mi padre callaba: no tenía recuerdos. Cuando intervenía, siempre transmitía su visión intelectual del personaje: “Jesús fue un hijo de la chingada.” Y lo ilustraba diciendo que el periódico en el que trabajó, *Zócalo*, destacó por ser uno de los más corruptos en el México de los años cincuenta. También sabía que su padre estaba afiliado al PRI y que se juntaba con agentes de la DFS, la policía política del régimen. Una joyita.

El tema de la muerte del abuelo resultó fascinante. Se mató en Suecia al chocar con un coche de policía mientras viajaba con un misterioso gringo. Joe, que llevaba meses investigando, estaba convencido de que su padre trabajaba para la CIA o el KGB y que lo habían matado porque intentaba traer a un agente (el pasajero del coche) de vuelta a Alemania. Según Joe, Jesús era comunista y lo había perseguido el FBI, una historia que mi padre también había escuchado. Mi tío gringo insistía en que había algo raro en torno a esa muerte: en la autopsia, el presunto cadáver de Jesús era mucho más bajo (su padre medía 1.89 m). Había rumores de que había fingido su muerte para librarse de un peligro que lo acechaba. Dicha hipótesis hacía posible la existencia de una camada de Aguayos suecos, algo que debió inquietar a los tres hermanos. ¿Y si un güero era el favorito?

Como nieto adolescente, me daba igual a quién había querido más Jesús. Yo estaba entusiasmado con este Agente 007 del Bajío que había amasado una fortuna. Ése fue otro baremo para ver

a quién quería más: saber qué les había heredado. Y todos coincidían en que no vieron ni un centavo del tesoro. Todo se lo quedó Margarita, la madre de Jesús. Mi bisabuela, al parecer, era la raíz de los males de la familia Aguayo Zaragoza. Era una mujer malvada y fanática que trastornó a sus siete hijos. Y de paso a todos sus descendientes.

—Oigan: ¿el Perro Aguayo no será su hermano? Se les parece un poco —pregunté durante el desayuno, tras haber visto esa mañana la lucha libre por televisión. Se hizo un silencio incómodo. El Perro Aguayo, mi posible tío, destacaba en el ring por llevar unas botas como de lana que emulaban las patas de un can y por pertenecer al bando de los rudos. Quizá fue por el temor a que el Perro fuera el preferido de Jesús, o el miedo a que les partiera la madre al enterarse, pero tras ese fin de semana los tres Aguayo pactaron que no buscarían más hermanos.

Ésa fue la última vez que vi a Jesús Jr. No le interesó mantener el contacto y falleció seis años después. Joe, sin embargo, se mantuvo muy cercano. Y con el tiempo conocimos a sus hermanos, Jim y Margaret, y también a su madre (mi *abuelastra*). Cuando los veíamos, no se hablaba de Jesús. Nos poníamos al día con los devenires de unos y otros, y fingíamos que éramos familia de toda la vida. Los hermanos lo ven ahora como lo más normal del mundo. Cuando Jim se casó en Guadalajara, mi padre lo llevó al altar (en lugar de Joe, su hermano mayor). Cuando le pregunté por qué accedió, si lo había visto como mucho cinco veces en su vida, me respondió, como si fuera obvio:

—Pues porque desde que murió Jesús Jr., ¡yo soy el primogénito!